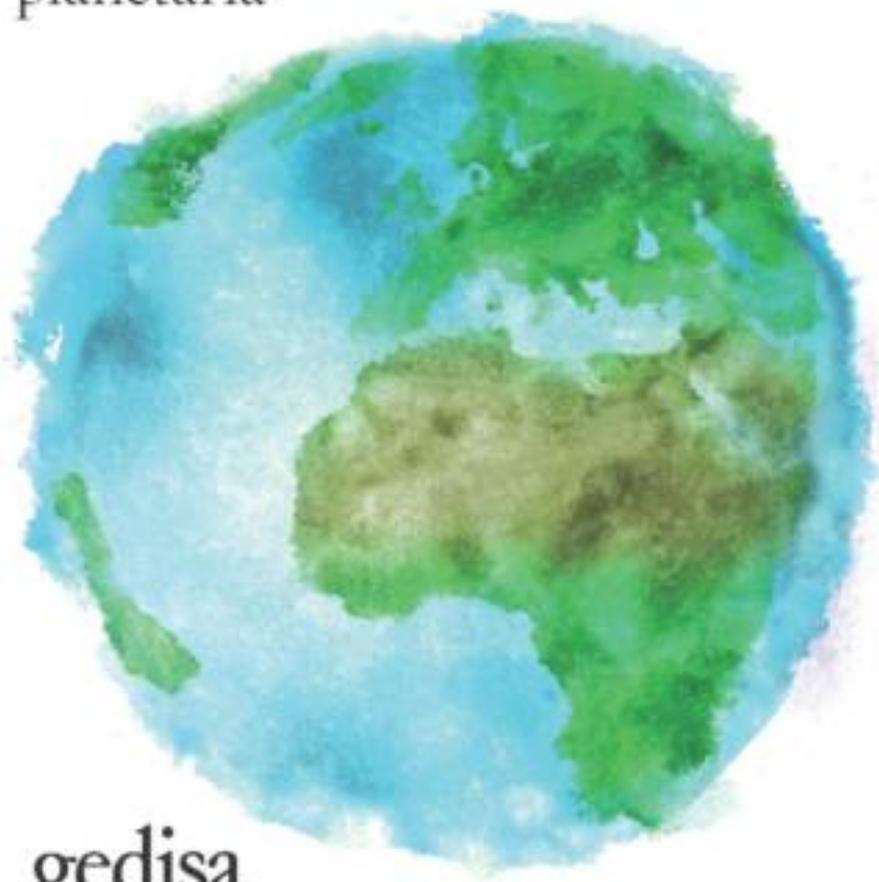


Marc Augé

El porvenir de los terrícolas

El fin de la prehistoria de la
humanidad como sociedad
planetaria



gedisa

Marc Augé
EL PORVENIR
DE LOS TERRÍCOLAS

Serie CLA•DE•MA
Antropología

Otras obras de Marc Augé

publicadas por Gedisa

¿Por qué vivimos?

El tiempo en ruinas

El oficio de antropólogo

Sentido y libertad

Diario de guerra

El mundo después del 11 de septiembre

Ficciones de fin de siglo

Las formas del olvido

El viaje imposible

El turismo y sus imágenes

La guerra de los sueños

Un ensayo de etno-ficción

Los no lugares. Espacios del anonimato

Una antropología de la sobremodernidad

El viajero subterráneo

Un etnólogo en el metro

**Hacia una antropología
de los mundos contemporáneos**

Travesía por los jardines de Luxemburgo

Dios como objeto

Símbolos-cuerpos-materias-palabras

EL PORVENIR DE LOS TERRÍCOLAS

El fin de la prehistoria
de la humanidad
como sociedad planetaria

Marc Augé

gedisa
editorial

Título original: *Un altro mondo è possibile*, by Marc Augé

Copyright: © Codice Edizioni, 2017

© Traducción de Albert Berenguer

Corrección: Borja Criado

Cubierta: Juan Pablo Venditti

Primera edición: junio de 2018, Barcelona

Reservados todos los derechos de esta versión castellana de la obra

© Editorial Gedisa, S.A.

Avda. del Tibidabo, 12, 3.º

08022 Barcelona (España)

Tel. 93 253 09 04

Fax 93 253 09 05

Correo electrónico: gedisa@gedisa.com

<http://www.gedisa.com>

Preimpresión:

Moelmo SCP

eISBN: 978-84-17341-29-9

*«Esta obra se benefició del apoyo de los Programas de Ayuda
a la Publicación del Institut français»*

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, de esta versión castellana de la obra.

Índice

A modo de introducción

1. De lo utópico a lo posible

2. Progreso y cultura

3. Cambio de escala

4. ¿Es posible un etno-análisis?

5. La necesidad de lugares

6. La edad y el tiempo

7. La antropología del porvenir

8. ¿Salida de la religión o fin de la prehistoria?

9. Imaginar el porvenir: etno-ficción, ficción y utopía

A modo de conclusión

A modo de introducción

¿Por qué este libro? Este libro surgió de una conferencia que tuvo lugar en el marco de la Biennale de la democracia en Turín en 2013. La propuesta que se me hizo para ampliar la conferencia y hacer un libro a partir de ella me resultó atractiva de inmediato. Italia es ciertamente el país del mundo donde los debates y las conferencias públicas ocupan un lugar más importante. Siempre me ha impresionado la demanda y la disponibilidad del público curioso y atento que frecuenta festivales, coloquios, o asiste a conferencias con un dinamismo y una atención a todas luces notable. Un público de una calidad tal que lleva en volandas al orador y, una vez terminado el discurso, puede intentar responder a las preguntas que se le plantean o los comentarios que se le hacen. Pero el tiempo es limitado, los que intervienen son muchos y raramente se da la oportunidad de intentar situar las declaraciones en el recorrido de conjunto que podría darles su justificación plena, aunque se esfuerce uno lealmente y tenga delante a un público entendido y cultivado.

La idea de publicar las intervenciones es bella, pero la idea de publicarlas en versión larga, extendida, para producir libros concebidos como prolongaciones de las conversaciones esbozadas, las explicaciones esquemáticas o las respuestas demasiado breves a los oyentes de una noche, es una iniciativa aún más afortunada.

Dicho esto, ¿cómo puede un autor prestarse a este experimento algunos meses más tarde, con calma, cuando ya no se encuentra atrapado por la presencia atenta, curiosa y a menudo estimulante del público, ni concentrado en ella? Sobre este punto conviene ser honestos: hay algo que se pierde necesariamente de la intensidad de algunos instan-

tes, algo que no debemos pretender resucitar y que hay que sustituir por otra cosa. Esta otra cosa, me parece, es todo aquello que el autor quizás tenía en mente mientras hablaba y que no pudo exponer íntegramente para evitar abrumar al auditorio y hacerle perder el hilo de su discurso –aunque algunas de las preguntas hechas puedan ayudarle a suplir este vacío, sólo pueden hacerlo de forma demasiado parcial, insuficiente y con prisas.

Lo que permite la edición de las conferencias es, precisamente, dejar que el autor explique libremente todo lo que, según él, se relaciona con su tema. Volver a encontrarse con la libertad propia de los intercambios resultantes de una conferencia, pero disciplinándola, inscribiéndola en la lógica de un recorrido intelectual de conjunto: tal era la oportunidad que se me ofrecía con la redacción de este pequeño libro. En todo caso, lo he hecho con esta intención, partiendo del tema de la conferencia que trataba de la utopía y de lo posible («Du futur utopique au futur possible»), lo esencial de la cual resumiré en el capítulo 1. Los capítulos que le siguen tienen todos que ver con aspectos de este tema, a decir verdad tan vasto como ambicioso, tal y como me he visto inclinado a pensarlo, situándolo tanto respecto a mis investigaciones como respecto a los problemas que representa hoy día la evolución acelerada de nuestra historia. Así pues, preguntarse por las relaciones entre la utopía y lo posible invita a retomar la cuestión del progreso (capítulo 2), cuestión que sin duda se les plantea de nuevo a las sociedades humanas frente al cambio de escala impuesto por la globalización tecnológica y la difusión del conocimiento de la macrofísica (capítulo 3). Concretamente, estas cuestiones, que nos conciernen a todos, invitan a preguntarse, por un lado, por las premisas de la situación actual, y por otro, por las relaciones entre el individuo y la colectividad (capítulo 4), los constituyentes necesarios del pensamiento simbólico, el espacio (capítulo 5), el tiempo

(capítulo 6) y la capacidad de la antropología para dar respuestas a estas preguntas de conjunto (capítulo 7). Nos preguntaremos (capítulo 8) si el periodo en el que vivimos se parece, de algún modo, a un final de la prehistoria de la humanidad como sociedad planetaria, y finalmente (capítulo 9) nos preguntaremos por las relaciones entre etno-ficción, ficción y utopía: ¿puede la ficción ser útil para dar una dirección a la investigación y señalar sus fines deseables? Algunos pasajes de estos capítulos hacen referencia a la actualidad política del momento, particularmente problemática, y anticipan preguntas que seguramente se plantean y que, sin duda, mi público de ayer me haría.

En definitiva, me he visto llevado a retomar el tema de la conferencia teniendo en cuenta todo lo que, desde mi punto de vista, tiene relación con él y todo lo que la actualidad le añade. Dicho de otro modo, aplicaré una mirada de antropólogo del presente y de los mundos contemporáneos. Me ha resultado imposible evitar la reflexión sobre la naturaleza de la investigación antropológica y su importancia particular en el mundo llamado global.

1. De lo utópico a lo posible

Las utopías del siglo xx se dieron de bruces contra las duras realidades de la historia durante el siglo xx. La globalización actual es económica y tecnológica. Vivimos en un mundo de imágenes y de mensajes instantáneos que nos dan la sensación de estar en un presente perpetuo. A su vez, la última utopía, la del «fin de la historia» y de la sociedad liberal, está quedando en entredicho. Para poder pensar el futuro como algo posible hay un modelo, el pensamiento científico, que promueve la hipótesis como método, y dos principios: pensar de acuerdo con los fines y entender que el hombre, en su triple dimensión, individual, cultural y genérica, es la única prioridad.

Es la gran paradoja de nuestra época: ya no nos atrevemos a imaginar el futuro, mientras que los progresos de la ciencia nos dan acceso al descubrimiento de lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño. La ciencia avanza con tal rapidez que hoy seríamos incapaces de describir cuál será el estado de nuestros conocimientos de aquí a unos cincuenta años, cosa que, sin embargo, no es sino una ínfima parcela de tiempo en la escala histórica.

Esta paradoja es incluso más sorprendente cuando vemos que los progresos científicos se acompañan de inventos e innovaciones tecnológicas que tienen sus efectos en la vida social de las personas. Las tecnologías de la comunicación abren a todo individuo, en teoría, múltiples posibilidades para relacionarse. En teoría, los medios de transporte permiten a todo el mundo recorrer el globo. Las redes de distribución expanden todas las posibilidades de consumo. Desde otro punto de vista, podemos constatar que la colaboración de expertos e investigadores de todo el mundo es cada vez más necesaria para el avance de la ciencia: los

resultados se comunican o se trabaja directamente en equipo, como en el CERN (Centro Europeo para la Investigación Nuclear) que, en Ginebra, presenta el esbozo moderno de lo que podría ser la utopía hecha realidad de una vida social internacional dedicada al conocimiento y a la investigación fundamental.

Este es el punto importante, a partir del cual se pueden desplegar todas nuestras expectativas, pero también todos nuestros miedos: la estrecha imbricación entre la vida científica y la vida social, entre la historia y las ciencias de la historia, simple y llanamente. En resumen, entre progreso científico y desarrollo económico. El siglo xx ha sido el siglo de la muerte de las utopías, de los «grandes relatos» del siglo xix, retomando una expresión del filósofo Lyotard (Lyotard, Jean-François, 1979, *La Condition post-moderne*, Éditions de Minuit), que resultaron en monstruosidades sociales y políticas. Y también fue el siglo de los experimentos de la ciencia, a veces mortíferos cuando sus aplicaciones intervinieron directamente en el curso de la historia humana, como fue el caso de las distintas armas producidas en la investigación sobre el átomo.

Hoy sabemos que la ciencia requiere dinero y sólo puede progresar en países ricos, que la distinción entre investigación fundamental e investigación aplicada es relativa, puesto que la primera necesita los instrumentos tecnológicos creados por la segunda. Finalmente, que nunca antes la historia de las ciencias y la historia política han sido tan interdependientes.

La crisis de la que se habla hoy día en el plano económico y financiero quizás tenga causas aún más profundas, relacionadas precisamente con la imbricación de las dos historias, acontecimiento relativamente reciente cuyas consecuencias hay que aprender a valorar.

La utopía liberal en la que pensaba Fukuyama, bajo el nombre de «fin de la historia» (Fukuyama, Francis, 1992, *La Fin de l'Histoire et le Dernier homme*, Flammarion), ya ha dado paso a una oligarquía planetaria cuyas desigualdades internas no cesan de aumentar. La pregunta que Derrida (Derrida, Jacques, 1993, *Spectres de Marx*, Galilée) le planteaba a Fukuyama –el «fin de la historia», entendido como el acuerdo intelectual generalizado sobre la fórmula óptima de gobierno de las personas, ¿es una realidad observable o una proyección de tipo utópico?– ha encontrado respuesta. Estamos inmersos en una utopía que se deshace al mismo tiempo que intenta construirse: la de la alianza fecunda y definitiva entre democracia representativa y mercado liberal a escala planetaria. Regímenes que no tienen nada de democráticos se acomodan muy bien al mercado liberal; la especulación financiera se impone por encima de la lógica de la producción y de la prosperidad social. En el ámbito del conocimiento y también en el de los recursos económicos, aumenta sin cesar la distancia entre los más favorecidos y los más desfavorecidos, también en los países emergentes. Nos encaminamos hacia un planeta con tres clases sociales: los poderosos, los consumidores y los excluidos.

Los poderosos de este mundo y del mundo que vendrá no forman un grupo homogéneo: pertenecen a la esfera económica, la política, o la científica, pero constituyen en conjunto, objetivamente, en el lugar donde se esboza el porvenir del sistema existente. Los consumidores son el motor de este sistema; deben consumir para que funcione; todo el aparato de publicidad, directa o indirecta, los invita a hacerlo de todas las formas posibles: la idea de innovación, teorizada por Schumpeter, hace las veces de futuro. La innovación tecnológica, hoy, traza a grandes rasgos el esquema de un planeta interconectado en el que las redes sociales se presentan como lugares de contacto, intercambio, cultura e información. Estas mismas redes son el lugar y el

objeto privilegiado del consumo, ya que la tecnología que hace que cada día aumente su rendimiento se materializa en el mercado en productos constantemente renovados que no cesan de difundir y reproducir su propia imagen. Entonces, se extiende la idea de que estos productos son un factor del progreso del conocimiento, y el virtuosismo de algunos en su uso puede reafirmar esta idea, peligrosamente ilusoria, ya que confunde el fin con los medios, el mensaje con el medio, la transmisión con la adquisición, el conocimiento con el reconocimiento. En cuanto a los excluidos, se les excluye a la vez de la prosperidad económica y del acceso al conocimiento. Las realidades de la globalización están muy lejos de los ideales de la planetarización, de una sociedad Tierra cuyos ciudadanos, libres e iguales en derechos y de hecho, comparten un espacio en beneficio del interés común. El mercado se extiende a toda la Tierra, pero los trabajadores mal pagados están de un lado y los consumidores más o menos afortunados del otro.

Independientemente de las desigualdades agravadas por la prioridad tecnológica y los cambios que esta implica en el ámbito del consumo, el sistema difunde la imagen de un mundo de ubicuidad e instantaneidad que tiende a ocultar las condiciones reales de la existencia y a subvertir los fundamentos simbólicos en los que se basa toda vida social. Ahora bien, la ilusión de saber y el debilitamiento de lo simbólico son consecuencia del mismo movimiento tecnológico que contribuye a las nuevas conquistas de la investigación fundamental. Todo intento de pensar el futuro debe antes superar este obstáculo. Valoraremos este hecho oponiendo lo local a lo global y, por ejemplo, las desigualdades sociales que prevalecen en las grandes metrópolis urbanas contrapuestas a la imagen de fluidez armoniosa que presentan los medios, o los tiempos muertos de la vida social y económica a la instantaneidad de la comunicación. La vida social real requiere un tiempo y un espacio, que son la

materia prima de las relaciones instituidas, pensadas y representadas entre uno y otro, uno y otros, unos y otros.

Hay tres escalas de observación que no deben ser confundidas a costa de metamorfosar de forma ilusoria lo real.

Desde hace mucho tiempo, los seres humanos han poblado el universo con sus sueños, nombrando con sus mitos y dioses los astros o las constelaciones para así poder apropiárselos. Hoy, conocemos muy bien el carácter a la vez ambicioso y ridículo de este proyecto. A escala del universo conocido (miles de millones de sistemas solares en nuestra galaxia y miles de millones de galaxias en este universo), en el que las dimensiones del tiempo y del espacio se confunden y se nos escapan, nuestra imaginación se agota rápidamente, impotente para concebir lo inconcebible. Hay que cultivar nuestro jardín, decía Voltaire, es decir, hay que permanecer en los límites de la historia humana.

A escala planetaria, nos encontramos en una posición intermedia. Aunque empezamos a contemplar la posibilidad de colonizar los alrededores más cercanos (la Luna, Marte), la ciencia amplía demasiado lentamente para nosotros las fronteras de lo desconocido y de lo infinito. No obstante, nos acostumbramos progresivamente a pasar a la escala planetaria que corresponde a la «globalización» tecnológica y mediática. El panteón griego abandonó el cielo, pero los ídolos del entretenimiento o de la política invaden nuestras pantallas. Ya no proyectamos a los dioses en el cielo, pero los nuevos ídolos internacionales se proyectan en nuestra intimidad. De esta manera, estos contribuyen a persuadirnos de que, también para cada uno de nosotros, las dimensiones espaciales y temporales se han transformado radicalmente –lo cual es a medias verdad y a medias una ilusión.

La ilusión se deshace a escala local, pese a que la multiplicación y la miniaturización de las tecnologías tienden a prolongarla hasta la intimidad de nuestros cuerpos individuales. Aún vivimos, cada uno de nosotros por separado, en la espesura concreta del tiempo y del espacio, como bien lo muestran, por ejemplo, los debates sobre la edad de la jubilación o sobre la naturaleza de los contratos de trabajo (indefinido o temporal) o la saturación de la circulación urbana.

En el fondo, lo que nos inquieta es que no sabemos a dónde vamos. Las utopías del siglo XIX describían el mundo al que aspiraban. Las grandes religiones se habían visto impulsadas, y lo siguen siendo a veces, por un proselitismo que encuentra su origen en un mito fundador. El pasado, desde este punto de vista, proporciona a la vez el modelo, un punto de referencia y un modo de acción. Hoy, el mundo que nos rodea a cada uno es el mundo de la tecnología que ha ido más rápido que las sociedades. Nos consumimos consumiendo los instrumentos que este nos impone. De forma global, tenemos la impresión no de estar determinados por el pasado, sino absorbidos por un futuro en el que no habíamos pensado y que nos provoca vértigo. Hay algo de aprendiz de brujo en las tecnologías actuales de la comunicación. Este aspecto de las cosas, combinado con las desigualdades económicas cada vez mayores y los desórdenes masivos que estas provocan, explica que, a veces, el futuro nos dé miedo. Ya no aspiramos a tener un futuro porque es más bien este el que nos aspira.

¿Cómo recobrar el control de lo que, según ciertos aspectos, parece una huida hacia delante? Me parece que sólo puede hacerse a partir de comprobaciones simples y claras con las que podremos encontrar el principio de una respuesta. A riesgo de dar una apariencia dogmática a lo que no pretende ser más que una declaración de ambiciosa